

N° 4 / MARZO 2021  
\$5.000 | Santiago de Chile  
ISSN: 2452-5480

# puntoycoma

*Exposición sobre mi ensayo*  
Mario Góngora

*El Estado en crisis*  
Daniel Mansuy

Entrevistas a Chantal Delsol, Sol Serrano  
y Gøsta Esping-Andersen

Lorem ipsum: Chantal Signorio,  
Marisol García y Carlos Amunátegui

i e s

# puntoycoma

© Punto y coma  
© Instituto de Estudios de la Sociedad

Punto y coma n.º 4, marzo de 2021.  
Santiago de Chile

**Director:** Claudio Alvarado R.  
**Editor:** Joaquín Castillo V.  
**Coordinador:** Rodrigo Pérez de Arce P.

**Comité editorial IES:** Pablo Chiuminatto, Jorge Fábrega, Joaquín Fernandois, Braulio Fernández, Elena Irrarrázabal, Daniel Mansuy, Héctor Soto y Alejandro Vigo.

**Diseño:** Huemul Estudio

**Colaboran en este número:** Claudio Alvarado R., Joaquín Castillo, Daniel Mansuy, Francisca Echeverría, Guillermo Pérez, Pablo Ortúzar, Andrés Biehl, Germán Vera, Mario Góngora, Joaquín Fernandois, Ana María Stuen, Catalina Siles, Manfred Svensson, Eduardo Galaz, Josefina Araos, Mariana Canales, Rodrigo Pérez de Arce, Juan Ignacio Brito, Marisol García, Carlos Amunátegui, Patricio Domínguez, Pablo Chiuminatto y Diego González.

**Ilustraciones y fotografías:** Alejandra Acosta, Pablo Izquierdo y Huemul Estudio.

**ISSN:** 2452-5480

Impreso en Andros

Editorial 4 Claudio Alvarado y Joaquín Castillo

### **Pensar el Estado**

#### **A 40 años del *Ensayo histórico* de Mario Góngora**

- El Estado en crisis 10 Daniel Mansuy  
Entrevista a Sol Serrano 16 por Joaquín Castillo  
¿Más o mejor Estado? 24 Guillermo Pérez  
Entrevista a Chantal Delsol 31 por Pablo Ortúzar  
El rediseño de Chile 36 Francisca Echeverría  
Entrevista a Gøsta Esping-Andersen 42 por Guillermo Pérez  
La tentación de la utopía 50 Andrés Biehl y Germán Vera

### **Rescate**

Exposición sobre mi ensayo 56 Mario Góngora

### **Horas en la biblioteca**

64

Contrapunto de Joaquín Fernando y Ana María Stiven sobre *Ensayo histórico*, de Mario Góngora

Reseñas sobre Diego González, Mario Góngora, Max Weber, James Scott, Robert Michels, Pierre Manent, Daniel Innerarity, Adrian Vermeule y Cass Sustein

### **Lorem ipsum**

- Patria amarga 82 Juan Ignacio Brito  
Ramón Andrés 86 Marisol García  
Las musas de la ira 91 Carlos Amunátegui  
Andrés Bello: el imperio contra Babel 94 Patricio Domínguez  
Entrevista a Chantal Signorio 98 por Pablo Chiuminatto  
Un renacimiento conservador 104 Diego González  
Olimpo: Jean Bethke Elshtain 110



## Pensar el Estado

La crisis política y social que azota a Chile desde octubre de 2019 presenta múltiples aristas. Entre otras, la imposibilidad de controlar el orden público con pleno respeto a los derechos humanos, la deslegitimación de nuestras principales instituciones públicas, la desconexión entre la ciudadanía y sus representantes políticos, y el proceso constituyente como su principal apuesta para canalizar esta crisis de manera pacífica e institucional. Las causas que nos llevaron a este complejo escenario fueron analizadas profundamente en *Punto y coma* n.º 3. Desde luego, los retos son innumerables, y por momentos el desafío pareciera ser sencillamente titánico. Sin embargo, como sugiere Daniel Mansuy en el artículo inaugural de esta revista, si hay un ángulo privilegiado para analizar y enfrentar este conjunto de problemas, tal es el prisma del Estado.



Nuestras dificultades no se agotan ahí, pero lo cierto es que la revuelta primero, y la pandemia después, no solo tensionaron al máximo la capacidad del aparato estatal, sino que revelaron de forma dramática sus carencias y tareas pendientes. Cualquier coalición, del signo que sea, debería reconocer las deudas de nuestro Estado y la importancia de tomarse en serio este déficit para poder solucionarlo. En este escenario, la tarea constituyente adquiere una nueva faceta. La Convención Constitucional no puede, afortunadamente, rehacer la vida social, pero sí puede contribuir a perfilar modificaciones significativas en cuanto al papel y la organización del Estado. Ahí reside una de las claves para superar nuestra crisis y, por lo mismo, ahí debiera estar uno de los ejes del debate público en los próximos meses y años.

Hay, eso sí, otro motivo adicional que explica por qué *Punto y coma* n.º4 se estructura en torno a la reflexión sobre el Estado. Este año se cumplen cuatro décadas desde la aparición de un texto fundamental: el *Ensayo histórico sobre la noción de Estado en Chile en los siglos XIX y XX*, de Mario Góngora. Con su habitual lucidez y profundidad, quien fuera reconocido en 1976 con el Premio Nacional de Historia publicó una obra tan discutida como ineludible, que hasta nuestros días representa una referencia obligada a la hora de evaluar la trayectoria política e institucional del país.

En parte, esto se debe a quién era Góngora: un “historiador universalmente citado”, para Joaquín Fernando; el “más riguroso, metódico y penetrante de los historiadores chilenos”, según Sergio Villalobos; el “más importante historiador de la segunda mitad del siglo XX”, al decir de Alfredo Jocelyn-Holt; en fin, un “mo-

delo de historiador” para Gabriel Salazar. Pero, más allá del hombre y del intelectual, el *Ensayo* es una referencia obligada hasta hoy porque ofrece una mirada panorámica y original del Chile republicano, escrita, además, en un periodo particularmente crítico de nuestra vida independiente. En él, Góngora sincera la angustia que lo movió a publicar esta obra: las tensiones del Chile posdictadura fueron prefiguradas en ese instante, en que la modernización capitalista venía a cerrar un ciclo de “planificaciones globales” que todavía dividen a nuestros compatriotas. Y la propuesta de Góngora no dejó indiferentes a los actores políticos: la polémica recepción que suscitó su *Ensayo* —debate que ha sido recogido en las posteriores ediciones del texto, realizadas por la Editorial Universitaria— dan cuenta de una interpretación disputada acerca de la historia nacional. Eso no quita, sin embargo, que a cuatro décadas de su publicación esta lectura continúe estimulando a nuevas generaciones preocupadas por los asuntos públicos.

Las páginas que siguen ponen en diálogo nuestra crisis con las tesis de Góngora, bajo la convicción de que resulta indispensable volver a preguntarnos cómo el Estado puede recuperar su función principal: ser el mediador de los intereses ciudadanos. Por supuesto, el ejercicio supone rescatar algunos argumentos del *Ensayo*, que lúcidamente anticipó las “revanchas culturales” que traería consigo la transformación económica impulsada por el régimen de Pinochet. En esta línea, publicamos en este número una reflexión menos conocida del propio Góngora sobre su obra. Esta valoración, sin embargo, va acompañada de lecturas críticas de ciertos planteamientos del historiador. Por ejemplo, su noción de

Estado y su idea de las planificaciones globales resultan tan sugerentes como abiertas a distintas lecturas, y de eso también dan cuenta los textos de *Punto y coma* n.º 4.

Con todo, el principal propósito de este número es mirar hacia el presente y el futuro del país y, en particular, de nuestro aparato público. Por ese motivo, a los puentes entre la reflexión de Mario Góngora y la actualidad se suman entrevistas y artículos relativos a los equívocos e implicancias que rodean la noción de Estado social, al principio de subsidiariedad —un Estado en forma es limitado y sirve de modo efectivo a la sociedad civil— y a las modificaciones concretas que podría experimentar nuestra burocracia estatal. Todo esto con vistas a cumplir mejor sus deberes y satisfacer en mayor medida las enormes expectativas que hemos ido depositando en ella. Si se quiere, el objetivo es abordar el fenómeno en toda su complejidad, y por ello las entrevistas y los textos referidos están acompañadas de una serie de reseñas de libros. En ellas se reflexiona desde las contribuciones que sobre esta materia hizo Max Weber hasta el debilitamiento contemporáneo de la nación y los desafíos de la administración del Estado.

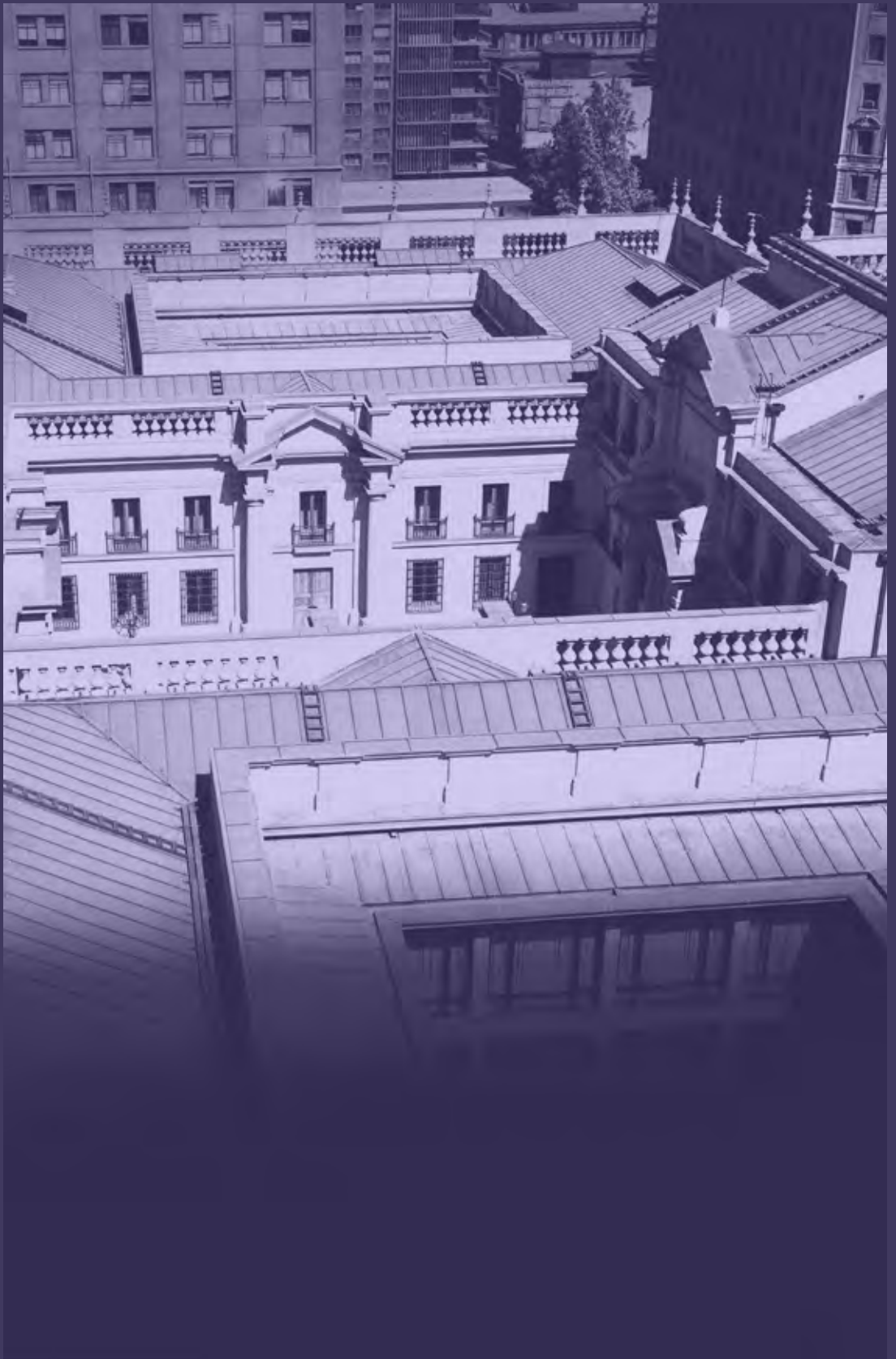
Se trata, en suma, de una reflexión multidisciplinaria y que busca contribuir, en el marco de la crisis y el proceso constituyente que enfrenta Chile, a examinar del mejor modo posible las preguntas centrales que levanta este panorama. ¿Queremos tener un Estado subsidiario y solidario, o un modelo de bienestar con prestaciones universales? ¿Qué significan uno u otro en específico? ¿Queremos que sigan existiendo grandes bolsones de empleos que respondan al gobierno de turno, o buscaremos impulsar una agenda de

modernización del empleo público, más allá de los costos implicados? ¿Cómo hacerlo? Para responder estas y otras interrogantes se requiere alto rigor técnico, pero también un vigoroso trasfondo cultural que considere de modo adecuado las circunstancias políticas e históricas en que se insertan los debates del Chile postransición.

Como decía Hölderlin, el Estado es el “muro alrededor del jardín”. Para fortalecer nuestra vida en común debemos atender a las estructuras e instituciones principales de ese Estado —los ministerios, los juzgados, el Congreso, etc.—, pero también a esas otras dimensiones que componen la experiencia cotidiana de las personas: la familia, la sociedad civil y el mercado. *Punto y coma* n.º 4 pretende colaborar en ese ejercicio y, por eso, como de costumbre, junto con su parte central también ofrecemos una sección miscelánea: otros problemas, otros libros, otras disciplinas. Las humanidades, las artes y las letras ofrecen un acceso privilegiado al mundo, y su descuido también influye en la crisis de nuestro aparato estatal. Recordarlo hoy también resulta crucial.

Claudio Alvarado R.  
*Director*

Joaquín Castillo V.  
*Editor*







Pensar el Estado.  
A 40 años del *Ensayo*  
*histórico* de Mario Góngora





## El Estado en crisis: antecedentes y desafíos

DANIEL MANSUY

A estas alturas, es un lugar común recordar que Chile vive múltiples crisis. En lo más inmediato, enfrentamos una crisis sanitaria de contornos inciertos. Vivimos también una crisis económica, cuya duración probablemente será larga. Ni hablar de la coyuntura política, con un escenario polarizado, un proceso constituyente en curso y una seguidilla de elecciones decisivas en los próximos meses. Al mismo tiempo, se continúa manifestando de uno u otro modo la crisis social: nuestro cuerpo político parece haber acumulado muchas asimetrías y tensiones que sencillamente no podremos seguir soslayando. Desde luego, estos fenómenos no son aislados, sino que son interdependientes: el plano político depende en gran medida del sanitario, el económico del político, y así.

Todo esto es cierto, y cada una de las crisis mencionadas merecería un análisis pormenorizado.

Sin embargo, conviene advertir otro aspecto más general de nuestra situación. Después de todo, si se encuentra tan extendido un sentimiento de crisis no es tanto porque ocurran acontecimientos de distinto tipo: lo propio de la crisis es poner en duda los fundamentos mismos del equilibrio dominante. Como decía Héctor Herrera Cajas, este tipo de fenómenos supone un cuestionamiento que puede promover determinadas virtudes, siempre y cuando advirtamos la magnitud de lo que sucede. En ese sentido, puede resultar fructífero mirar nuestra coyuntura desde una instancia que enmarca y contiene a las otras. Se trata de la crisis que enfrenta nuestro Estado.

En muchos sentidos, el aparato público está siendo exigido al máximo, y nada indica que esté en condiciones de responder adecuadamente esas múltiples demandas. Me temo que esto no guarda relación solo con la coalición que está

en el poder, sino con una cuestión más estructural. La crisis sanitaria, por ejemplo, requiere de un Estado con extraordinarias capacidades de gestión y reacción para controlar la pandemia. Además, necesitamos dosis muy elevadas de conocimiento técnico —en ese plano no estamos dispuestos a renunciar a la ciencia—, y ese conocimiento debe articularse de modo muy fino con la política pública. También esperamos que el aparato burocrático pueda ayudar de forma rápida y expedita a los más afectados. Luego, también debería ser agente principal de la reactivación económica. En lo político, debe recuperar su legitimidad para ofrecer una conducción respetada, sin olvidar su papel relevante a la hora de corregir las desigualdades más urgentes. El listado de tareas podría multiplicarse.

Con todo, esta breve lista obliga a formular la pregunta en toda su radicalidad: ¿es capaz nuestro aparato público de cumplir con todas estas funciones y satisfacer esas expectativas? ¿Lo hemos dotado de los medios para ello? ¿Nos sentimos activamente involucrados en ese esfuerzo, o nuestra actitud es simplemente la del consumidor insatisfecho? Mi impresión es que, por muchos y variados motivos, el Estado chileno no tiene hoy la capacidad para enfrentar este momento histórico, y mientras no resolvamos este problema, nuestras discusiones corren el riesgo de ser muy interesantes e instructivas, pero algo vanas.

#### GÓNGORA, IZQUIERDA Y DERECHA

En su provocador *Ensayo histórico sobre la noción de Estado en Chile en los siglos XIX y XX*, publicado por primera vez en 1981, Mario Góngora sostiene la tesis según la cual el Estado ha sido, en nuestro país, el configurador de la nación. En su mirada, nuestra historia republicana ha estado marcada por este hecho: el Estado ha sido el principal agente de desarrollo y de unidad colectiva. En su lógica, no debe entenderse por aquel el mero aparato burocrático, sino una fuerza espiritual

capaz de proveer de unidad y mediar entre los diversos intereses. No es seguro que el mismo Góngora haya logrado articular estas dimensiones en su texto, pero incluso esa ambigüedad sirve para comprender la profundidad que busca darle a la noción de Estado. Como fuere, en el libro hay, desde luego, una crítica bastante explícita a la política económica de aquellos años, que el historiador integra en la dinámica de las “planificaciones globales”.

Han pasado cuarenta años desde que Góngora escribiera esas páginas. Hoy sabemos que la economía de mercado le dio a Chile un crecimiento económico y una prosperidad inéditas en nuestra historia. Pero también sabemos que esa prosperidad generó algunas tensiones que no siempre advertimos. Las fuerzas espontáneas del mercado pueden ser muy dinámicas y enriquecedoras bajo ciertas condiciones, pero también inducen

dificultades: crecen las expectativas, el sistema no cumple todas sus promesas y la sociedad típicamente ve erosionadas sus instituciones de contención, volviéndose cada vez más anónima. Ahora bien, la instancia encargada de asumir y encausar esas dificultades es

el Estado. Pero es un instrumento delicado, que exige una teoría específica que inspire su acción. Sin embargo, hoy no contamos con una filosofía política del Estado adecuada a nuestra realidad. El problema no es solo chileno, pero en nuestro país ha adquirido rasgos muy singulares.

Por un lado, la derecha lleva décadas dominada por un discurso tecnocrático que le impide comprender la profundidad del concepto. Ahora hay mayor conciencia de esta limitación, pero no es claro cómo será enfrentada ni corregida. Además, en ese sector ha primado una concepción negativa del principio de subsidiariedad —es decir, entendido simplemente como sinónimo de no intervención, sin considerar debidamente el aspecto de ayuda positiva, de subsidio<sup>1</sup>, que le

/

**¿Es capaz nuestro aparato público de cumplir con todas estas funciones y satisfacer esas expectativas? ¿Lo hemos dotado de los medios para ello?**

1 Para una discusión más acabada, véase Ortúzar, Pablo (ed.), *Subsidiariedad. Más allá del Estado y del mercado* (Santiago: IES, 2015).